

A nuestros Obispos
A nuestros Hermanos, Sacerdotes, Religiosos y Religiosas
A nuestras amadas Comunidades Cristianas
A los hombres y mujeres de nuestras Iglesias hermanas
A todos los hombres y mujeres que sienten y sufren la injusticia y opresión.

Nosotros, Manuel y Luisa, padres de Rafael, Eduardo y Pablo, asesinados o muertos en condiciones que nunca se esclarecen, queremos dirigirnos a ustedes para compartir nuestro dolor inexplicable, dar razón de nuestra esperanza cristiana y agradecer las innumerables muestras de afecto y solidaridad recibidas en estos días. En particular, yo Luisa, quiero dar a conocer las motivaciones que me han llevado a vivir una experiencia de oración, ayuno y escucha personal de la voz de Dios para mi vida futura.

Como ustedes pueden comprender, nosotros hemos vivido una experiencia terrible y humanamente incomprensible. Apenas conocida la noticia de la muerte de Pablo, no queríamos seguir viviendo. Nos parecía imposible ser capaces de asimilar un nuevo dolor de esta naturaleza. Hemos sentido la rebeldía de no poder aceptar, que las fuerzas de la muerte de este régimen, sigan matando a nuestros hijos y a los hijos del Pueblo de Chile.

Poco a poco, hemos ido asimilando y tratando de entender este drama familiar y nacional. Con la ayuda divina y de algunos amigos, hemos intentado descubrir el querer de Dios para nosotros. Sin embargo, hay algo que no queremos dejar pasar por alto. Nos parece que no podemos acostumbrarnos a las muertes. No podemos aceptar que sigamos igual, como si no hubiera pasado nada. En particular, nos preocupa la pasividad de los cristianos y de nuestra Iglesia Jerárquica. Esta es otra de las motivaciones de esta carta. Quisieramos además tratar de entender y compartir con ustedes las razones que tuvieron nuestros hijos en sus decisiones.

El hombre fue creado por Dios para que viviera plenamente; sin embargo, Dios, vió que el mundo estaba lleno de injusticia. Vió que unos pocos explotaban a los demás. Vió incluso, que algunos usaban su Nombre para mantener ese orden injusto contrario a su Plan.

Es por esa situación de pecado que Dios envió a Su Amado Hijo Jesucristo, a mostrar con su Vida, la maldad del hombre y a la vez a anunciar la Buena Nueva a los pobres, señalando que el Reino de Dios es compartir los bienes de la tierra entre todos. Que el Reino de Dios es la relación fraterna entre todos los hombres y precisa además, que lo esencial en el hombre es entregarse a los demás y que nuestras vidas trascienden esta dimensión.

Este proyecto significaba subvertir lo establecido y es por esto que lo asesinaron en cruz; no fueron los pobres, sino los que tenían el poder político, económico y religioso de aquel entonces, los que lo hicieron.

Sabemos además, que a lo largo de la historia otros hombres han sido eliminados por querer continuar con este proyecto de Jesucristo, por querer hacer una tierra nueva.

Nuestro dolor y angustia como cristianos, radica precisamente en que muchos chilenos, como nuestros amados hijos, Rafael, Eduardo y ahora Pablo, fueron también eliminados por tratar de que el Reino llegue pronto. Porque ellos amaban la vida, lucharon hasta darlo todo, para que exista Justicia, Libertad y Dignidad para nuestro Pueblo pobre.

Los cristianos no podemos dejar de luchar hasta que todos tengan lo básico para desarrollarse como personas y sólo cuando los pobres lo tengan, habrá Fraternidad;

estará materializándose el Reino de Dios en nuestra patria.

Las motivaciones de nuestros hijos eran profundamente evangélicas, profundamente consecuentes con el mensaje de Jesús. Nuestra familia se formó y los educó en los principios cristianos, en el compromiso con la justicia, en la exigencia religiosa de ser consecuente con el Evangelio.

¿Por qué tomaron una opción aparentemente contraria al Evangelio?

¡Tan incomprensible para muchos! Para algunos inaceptable... incorrecto como salida política para otros..., para muchos una acción desesperada.

Ese camino tan duro, de tantos sacrificios, lo optaron como cristianos consecuentes, porque hoy en Chile tenemos una Dictadura que aplasta a la inmensa mayoría, que se mantiene a sangre y fuego desde hace más de quince años.

Optaron, porque los partidos de oposición han sido incapaces de ofrecer un proyecto que tome en cuenta, principalmente, las necesidades urgentes que claman los pobres.

Optaron, porque tenemos un poder judicial sometido, temeroso de hacer justicia.

Optaron, porque la Iglesia no ha sido suficientemente denunciante, evita el conflicto de fondo, y en cambio quiere reconciliar a un régimen generador de violencia y de privilegios con un pueblo pisoteado, ansioso hoy de justicia, de libertad, de respeto, que anhela ser actor fundamental en todo lo que se realice en el presente y futuro de nuestra patria.

Este pueblo pobre y creyente, en muchas ocasiones ha sentido que sus sufrimientos y anhelos no son suficientemente interpretados y denunciados por las autoridades eclesiales. Entonces se pregunta, ¿por qué nuestra Iglesia, a veces calla y no condena a los que generan la violencia y la injusticia?, ¿por qué a veces calla, cuando es utilizada por el régimen?, ¿por qué se deja utilizar por los que manejan el poder para descalificar a los consecuentes con el Evangelio?, ¿por qué se condena a jóvenes que desesperados buscan expresar su justa rebeldía y al contrario, algunos reciben y bendicen durante Eucaristías a los responsables principales de tantas muertes?

Este pueblo dolido se pregunta, ¿por qué, al contrario, se sanciona a aquellos miembros de la familia cristiana que están permanentemente junto a ellos, sufriendo a veces las mismas injusticias?, ¿por qué la Iglesia es tan dura en algunas ocasiones, con los sacerdotes y religiosos que están junto a los pobres?

La Iglesia nos predica y nos enseña la radicalidad de ser cristianos. Y este pueblo cristiano se pregunta, ¿por qué Ella nos abandona cuando nuestra opción por los pobres, nuestra consecuencia con el Evangelio, este camino largo y duro por la justicia, lo aprendimos en el seno de ella misma...?

Estas son dolorosas preguntas y cuestionamientos que surgen en nuestro corazón en estos momentos. Las planteamos como parte de la Iglesia, como hijos, pero también como corresponsables y apasionados por la construcción del Reino de Dios. Ojalá que estas muertes y este dolor no sean en vano; creemos que no. Lo interpretamos como la fecundidad del grano de trigo que muere.

Ahora, yo Luisa, deseo compartir algo de mis sentimientos más íntimos.

Para mí, en este inmenso e indescriptible dolor, que me ha desgarrado en lo más profundo de mi ser, he sentido la necesidad de buscar un tiempo de Silencio, de Oración y de Ayuno.

Apenas conocida la noticia me encontré como fuera de mi misma. Me parecía que no valía la pena seguir viviendo. En ese contexto hice una ofrenda de mi vida a Dios, como un sacrificio, como un holocausto. Me parecía que era la única forma de expresar mi rebeldía y mi protesta contra un sistema de muerte y contra el asesino que todavía pretende dirigir los destinos de esta hermosa tierra nuestra. Con esa motivación inicié mi tiempo de oración y de ayuno.

Después de algunos días, a medida que mis fuerzas físicas se debilitan he crecido en fuerza interior. Sin poder apartar este infinito dolor he reencontrado la paz, la tranquilidad, y la felicidad que me vienen de Dios. Paso los días en oración, delante de Jesús sacramentado, con la Biblia, con el Rosario, con la compañía de personas queridas. El recuerdo doloroso de mis hijos me acompaña. No me arrepiento de nada. Estoy feliz con mi marido, estoy contenta de que hayamos educado a nuestros hijos como lo hicimos. Tengo paz interior.

Sin embargo, sigo en oración y en ayuno hasta que vea claramente un nuevo signo del Señor. Mi ayuno, es el ayuno que le gusta al Señor: "Romper la cadenas injustas, desatar las amarras del yugo, dejar libres a los oprimidos y romper toda clase de yugo" Isaias, 58, 6-7 .

No puedo dejar de seguir protestando contra este sistema, frente a un tirano que hiere y mata al que se le opone. Yo no quiero que mi familia obedezca y adore a un ídolo, a un pagano. Así lo traté de explicar en la Misa de mi hijo. Siento que el mismo Cristo me pide imitarlo a El y dar mi vida. Mi ayuno es para que no haya más muertes en nuestra patria. Por otra parte, a medida que avanzo en la oración y el discernimiento, voy descubriendo nuevos signos y nuevas luces. Yo sé que Manolo y yo, pertenecemos a nuestro Pueblo. Yo no estoy sola contra el tirano.

Me conmueve las innumerables cartas que he recibido, sobre todo las de los niños. No quiero ser soberbia. Pido al Señor que me ilumine y me guíe. Estoy a la espera de descubrir su Voluntad. Me debato entre el deseo impaciente de seguir la lucha contra la dictadura, y el sueño de apartarme y seguir un camino sencillo y de servicio entre los que sufren más la exclusión y la impotencia.

Tal vez, lo que mejor expresa mi actitud interior, es esta oración:
"Padre mío, me abandono a Tí, haz de mí lo que quieras".

Estas son las reflexiones que hemos querido compartir con ustedes. Agradecemos de nuevo todas las muestras de solidaridad recibidas y les pedimos que nos sigan acompañando en la oración y en la lucha junto a nuestro querido pueblo.

Les saludan cariñosamente en la esperanza de la victoria del pueblo oprimido.

LUISA TOLEDO

MANUEL VERGARA

Noviembre, 1988.-